

MIDNIGHTS VALLEY

La última elegida

NOEMÍ MUÑIZ

matchstories

MIDNIGHTS VALLEY

La última elegida

NOEMÍ MUÑIZ

♡atchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Noemí Muñiz, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30917-8

Depósito legal: B. 14.648-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



*La muerte todo lo barre, todo lo iguala
y todo lo ataja*



Mara

—¿Seguro que estás bien? Sé que conocías bastante a ese compañero.

—Que sí, estoy bien. No es que fuésemos amigos íntimos.

—Eso no quita que fuera un chico de tu edad al que algún desalmado le ha robado la vida.

Mientras mi madre me dice esto, yo sigo con el periódico en la mano, sin poder apartar los ojos de la noticia que trata del suceso que nos despertó ayer trágicamente.

—No estoy tranquila sabiendo que hay alguien por las calles de nuestro pueblo que puede volver a atacar. —Continúa hablándome a pesar de que sabe que estoy a unos cuantos años luz de esta conversación—. ¿Hoy trabajas?

—Ya sabes que no depende de mí el ir a trabajar o no, así que, lógicamente, sí. Vaya pregunta. —Por fin he salido del trance en el que estaba sumida.

—Menudo carácter, hija. Tan solo quería asegurarme de que no estás mal antes de que nos vayamos, pero, tienes razón, ha sido una pregunta tonta... En todo caso, no olvides que hay toque de queda para vosotros y, por tanto, a las ocho debes estar ya en casa.

—Lo tengo presente, pero estoy segura de que saldré más

tarde de esa hora. Y recordad: No podéis entrar aquí, en mi habitación, cuando yo no estoy. Nadie.

—Pues ten cuidado, por favor. Y deja de repetir siempre la misma cantinela cuando vienes. Tranquila, que ya sabemos que tu cuarto es campo sagrado. —Pone los ojos en blanco. No me extraña, cada vez que aparezco por aquí digo lo mismo.

—Bien.

—Por cierto, antes de irme quería comentarte algo que he estado hablando con tu padre. Dice que quizá pueda conseguirte un trabajo por horas en una subcontrata de la empresa. Sería un empleo más normal del que tienes ahora y también podrías compaginarlo con los estudios.

Mientras me lo cuenta veo en ella la esperanza de que acepte la oferta que me acaba de hacer. No va a ser así.

—La normalidad está sobrevalorada. Y no pienso cambiar de curro, estoy muy a gusto con el mío.

—No sé ni para qué lo intento si ya conocía la respuesta. En fin, recuerda que tu padre y yo estaremos tres días fuera. Como sabes, hemos intentado posponer la reunión debido a los últimos acontecimientos, pero no ha habido manera. En nuestra ausencia, si necesitas cualquier cosa, puedes ir a casa de los Boneville.

Mi madre se acerca a mí para despedirse con un beso o un abrazo, como hacíamos años atrás, pero nota mi creciente incomodidad y, a medio camino, se para.

—Lo sé, vivo con Phoebe.

—Claro, amor. Solo te pido que no te metas en problemas. ¿Vale? Volveremos en tres días. Te quiero.

—Y yo a ti —le respondo arrugando la nariz y desviando la mirada de ella al periódico de nuevo.

Oigo como suspira y me deja sola en la habitación en la que crecí y que ocupé hasta que decidí mudarme con mi amiga a la casa que era de mi abuela. Consta de dos plantas, una buhardi-

lla, un sótano y un pequeño jardín trasero. En otro pueblo sería la ostentación hecha mansión, pero aquí, en *Midnights Valley*, es a lo que estamos acostumbrados.

Volviendo a mi madre, me ha dicho que no me meta en problemas..., claro. Me llamo Mara, me considero bastante asocial y la gente se refiere a mí como «la tía buena rarita».

Soy estudiante de último año de Criminología, mi mejor y única amiga es la mística de la relación y «problemas» es mi segundo apellido. Bueno, en realidad es *Holloway*. El primero es *Mirren*, muy apropiado para mí en uno de sus significados, porque soy la amargura personificada. El otro, que es «amada», no me representa para nada. Esto no me supone ningún trauma, ya que todos me identifican por mi apellido materno. Es lo que tiene que mi padre sea visto como un forastero en estas calles.

No tengo nada destacable aparte de mi físico. ¿Soy guapa? Todo el mundo lo asegura. Yo, cuando me miro al espejo, tan solo veo a una chica morena, de tez más bien tirando a clara, que se maquilla con colores oscuros y que se viste de las mismas tonalidades. Nada de ojos verdes o azules dignos de recordar, a pesar de que los tengo grandes y de un color marrón chocolate que en más de una ocasión sí que me han hecho llevarme algún que otro piropo. ¿Soy una ligona? Los temas «amorísticos» no me interesan lo más mínimo. No me malinterpretéis, tengo casi veintidós años, me he acostado con un montón de tíos (bueno, tampoco son tantos), pero huyo de las relaciones sentimentales como del algodón de azúcar. Velozmente. Ahora mismo prefiero centrarme en otras cosas que no sean arrumacos y orgasmos fingidos.

Mi amiga *Phoebe* es todo lo contrario a mí, a pesar de estudiar Ciencias Forenses y que le encante rodearse de cadáveres. Tal vez por eso nos toleramos tanto. Yo soy oscuridad y ella es un ser de luz. Su pelo es rubio como el sol, tiene una cara de

porcelana del todo angelical y sus ojazos azules hacen que quieras tirarte de cabeza en ellos.

En la mañana de ayer, el periódico local impactó contra la puerta de nuestra casa como cada día, pero en cuanto vimos la portada supimos que la noticia principal iba a dar mucho que hablar. ¿Un estudiante muerto? Gloria bendita. Sí, sé que no debería alegrarme de que un compañero haya muerto violentamente, y no lo hago, creedme, pero... me fascina la muerte. De ahí que haya elegido la carrera que tengo entre manos. Debo decir que Simon era todo lo que las noticias de sucesos han dicho sobre él: hijo modélico, estudiante ejemplar, comprometido con la comunidad... y con la mano un tanto larga. Esto último es cosecha propia. Sé de lo que hablo, me lo tiré hace unos años en unos baños. Una gran pérdida para la humanidad, la ausencia de nuestro querido Simon; podría haberse reproducido dejando descendencia atractiva y con cerebro.

Mi madre, antes de irse con mi otro progenitor a uno de sus viajes de negocios, me ha dicho que no me meta en problemas y que cumpla el toque de queda. *Spoiler*: No va a ser así.

Midnights Valley, Valle de Medianoche, es un nombre muy acertado para un lugar en el que los días duran poco. Los rayos de sol, cuando aparecen, lo hacen durante un intervalo muy corto de tiempo, ya que este es el sitio en el que más pronto oscurece de todo el hemisferio..., quizá incluso del mundo entero. ¿Me preocupa? En absoluto, yo feliz de la vida.

El toque de queda estudiantil que ha impuesto el alcalde es de risa. ¿Y si nunca encuentran al asesino que acabó con la vida del pobre Simon? ¿Piensan meternos en casa toda la vida a las ocho de la tarde? ¿Van a dejarnos sin celebraciones locales para siempre? ¿No permitirán que nos divirtamos en fiestas señaladas o en noches de pub? Ni de coña. Phoebe y yo jugamos con una ventaja que aún no he desvelado. El alcalde es el tío de mi querida amiga, un hombre de unos cincuenta años,

soltero, sin hijos y que tiene un ojito derecho al que nunca puede negarle nada: la rubia que me acompaña desde el jardín de infancia.

Veo que mi móvil se ilumina.

—¿Sí? —digo desganada cuando descuelgo la llamada al tercer tono.

—Sabes que no deberías contestar nunca con una afirmación, ¿verdad? La conversación podría ser grabada y utilizada para cualquier fin maligno. —Ella siempre tan «observadora».

—¿Lo has hecho?

—¿El qué?

—Grabarme.

—Por supuesto que no —responde un tanto ofendida. La estoy visualizando con su ceja izquierda un poco elevada.

—Entonces no entiendo tanta cháchara, Pheebs. ¿Para qué me llamas?

—Pues para varias cosas. ¿Ya se han ido tus padres?

—Afirmativo.

—Mi abuela me ha dicho que podemos ir a su casa si queremos. Ya sabes lo protectora que es.

—Tu abuela es un verdadero encanto, pero no es preciso. Cada vez que vamos lo hacemos solo para gorronearle comida. Tu tío debería ponernos una orden de alejamiento por ello.

No miento. Cada vez que visitamos la casa familiar de las Boneville, regresamos cargadas con bolsas llenas de táperes. Quejar, no nos quejamos, porque nos salvan de cocinar unos cuantos días y todo está buenísimo, pero siento que ya estamos abusando demasiado.

—¿Estás ovulando? Hoy estás más quisquillosa que de costumbre.

—Ese comentario es de lo más machista, que lo sepas. Repito: ¿para qué me has llamado?

—Qué mujer... Pues para varias cosas, como ya te he dicho.

La primera es que necesito que me ayudes a colarme en la morgue para ver a Simon.

—¿Quieres una despedida íntima? —le pregunto mientras contemplo la foto del susodicho con la que el periódico ha acompañado la noticia de su defunción.

La imagen es a todo color, y en ella se puede ver a un chico sonriente, feliz, con su característico pelo rubio oscuro brillante, su nariz recta, sus dientes perfectamente alineados y su aspecto amable. Es una foto de archivo, de una de las recolectas de alimentos que llevó a cabo la iglesia para los más desfavorecidos.

—Eres imbécil. Estoy en casa de mi madre y he oído a mi tío cuchichear con ella en la cocina, y de la conversación solo he podido sacar que la muerte ha sido en extrañas circunstancias. Vamos, que no ha debido de ser un simple disparo o una certera puñalada. Necesito saber qué diantres le ha pasado. Y sé que tú también te mueres de ganas de saberlo.

—Si no me lo dices, no me doy ni cuenta —le contesto con ironía—. Pero estoy contigo en que hay algo raro..., primero por el mero hecho de que se lo hayan cargado y, segundo, porque quieren encerrarnos a todos en casa por las noches.

—Exacto. Otra cosa que te quería decir es que nuestro adorado alcalde ha mencionado que no está dispuesto a levantar el dichoso toque de queda hasta que resuelva este caso, tarde lo que tarde.

—Me perturba mucho cuando llamas a tu propio tío «adorado alcalde». ¿Y qué pasa si no se resuelve nunca?

—Pues a eso voy: no pienso quedarme encerrada en casa durante el resto de las noches de mi vida. Por otro lado, alguien debería explicarle que la gente también se muere y es asesinada a plena luz del día; y que, además, pueden cargarse a personas mayores de... ¿veinticinco? Digo esta edad porque siempre hay algún rezagado.

—*Touché.*

—Y aún menos pienso perder mi trabajo... Encima en un par de sábados es la fiesta de Halloween, y no estamos dispuestos a que nos jodan ese plan..., y para qué hablar de tu cumpleaños. Por ahí sí que no paso.

—¿Dispuestos?

—Sí, Mara, corazón... Si fueses un poco más sociable y te relacionaras de vez en cuando con la gente que te rodea, estarías en el grupo de WhatsApp de la uni y sabrías que este sábado, por la noche, todos seremos unos temerarios y nos reuniremos en el Insomnio para ver cómo narices podemos celebrar la fiesta sin terminar detenidos o muertos.

Tiene razón; en otros tiempos yo hubiese sido la persona creadora del grupo de fiestas varias.

—¿Tu tío realmente piensa detener al que se salte el toque de queda? —pregunto con sorna. Ese señor no nos pararía ni de coña si nos proponemos hacer algo.

—Pues no lo sé, todo puede suceder. Desde luego, nosotras, en ese sentido, quedaríamos impunes. Ya sabes que nos adora a ambas.

—Sigo sin poder dormir por las noches pensando en el porqué...

—Cada día eres más graciosa. Pues eso, que, en cuanto acabe el funeral de Simon, los ánimos estarán caldeados y será el momento adecuado para alcoholizarnos un poco, ahogando las penas por su temprana muerte, y ver cómo nos lo montamos para el festejo.

—¿Festejo? Belcebú, llévame ya contigo porque yo estas cosas no las aguanto.

—Más quisieras que el buenorro del tridente te llevase consigo. Y ese es el último punto a tratar de esta llamada.

—¿Mi muerte?

—No, que alguien te meta el rabo —dice riéndose. La única que lo hace es ella.

Y otra vez la misma canción. O, lo que es lo mismo, vuelta a querer hacerme un perfil en una app de citas.

Esta es la discusión más recurrente que mi amiga y yo tenemos desde que la adolescencia llegó a nuestras vidas. Siempre se ha empeñado en que mi belleza debe ser expuesta al mundo y yo le explico que eso no tiene nada que ver con que me haga un perfil en Tinder. Ella, a pesar de no ser sueca, se lo hace, y así llevamos unos cuantos años.

—¿Puedes dejarlo ya? Siempre tenemos la misma conversación y siempre te doy la misma respuesta: No. Además, ¿tú no tienes que irte ya a currar, o es que te han dado fiesta unos días? —Cambio de tema, sabiendo que Caleb no le ha dado fiesta ni de broma.

—Sí que curro, pero mi querido jefe ha hecho una excepción hoy a raíz de los acontecimientos. Me ha dejado entrar más tarde. Y volviendo a lo de emparejarte..., no podrás participar en la única reunión al año en la que eres feliz juntándote con gente de tu edad. No serás bienvenida a la fiesta de Halloween.

—¿Cómo? —Presiento que lo que viene a continuación no me va a gustar.

—Lo que oyes.

—Estoy esperando la explicación al respecto.

—Y yo estoy haciéndome pasar por una bruja mala para así ponerte más nerviosa. Verás..., este año se ha decidido que se irá por parejas o por grupos temáticos.

—¿Sabéis que Halloween en sí ya lo es? *Spooky season*, ilumina a esos pobres desgraciados.

—Sí, definitivamente estás ovulando. Me refería a que se ha decidido ir así porque se hará un concurso con un premio final para los que mejor vayan. Algunos de segundo han dicho que irán de los malos de las pelis de terror. Ghostface, Pennywise, Candyman, Freddy Krueger, Chucky y el prota de *Halloween H20* forman un buen equipo, tienen posibilidades.

—Protagoniza toda la saga. ¿Por qué nombras esa? Ni mucho menos es la me...

—Porque sale Josh Hartnett en su comestibilidad juvenil, así que ni se te ocurra terminar esa frase.

—Dudo mucho que esa palabra exista.

—Me da igual, me has entendido perfectamente. Pues eso, que ellos forman uno de los grupos.

—Qué original... —digo poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, en otro tenemos a Frankenstein, Drácula, la niña de *El exorcista*, Carrie, a tu querido Hannibal y al chungo de la motosierra de *La matanza de Texas*.

—Leatherface.

—Nadie se sabe su nombre.

—Yo sí. ¿Y Jason Voorhees no está en ningún grupo?

—Por supuesto que sí. Está con el prota de *Jeepers Creepers*, con *Annabelle*, con la niña de *The Ring*, Jigsaw y el Joker.

—Ya están jodidos. Esa gente no ganará jamás.

—Y eso...

—Porque no puedes meter a un villano de cara pintada con personajes de películas de terror. Son unos principiantes. —¿En serio tengo que explicar esto?—. ¿Son todos grupos de seis?

—Sí, se ha decidido que sean de seis personas. También hay un grupo de brujas famosas, de vampiros conocidos, de *La familia Addams...*, hasta uno de personajes de *Hotel Transilvania*.

—¿Te sabes los participantes de todos los equipos?

—No, tonta, te estoy leyendo el listado que tengo en la mano. Los he ido apuntando para saber a qué atenernos.

—Habla en singular, porque no pienso participar en esto.

—Ya te digo yo que sí... Mi abuela está haciéndonos los disfraces ahora mismo.

Esto ha sido una jugada muy sucia. Sabe que su abuela es una de mis personas favoritas en el mundo y que no puedo

decirle que no a nada. Y mucho menos si está empleando su tiempo en hacernos unos disfraces.

—Entonces, si mi pareja eres tú, ¿qué tiene que ver que me haga un perfil de ligoteo?

—Esta conversación se ha alargado demasiado. Te espero a las siete y media en casa. Trae las herramientas de tu padre, porque me da a mí que en esta ocasión no nos va a resultar tan fácil entrar por la puerta, y recuerda que la última vez la ventana dio bastante por saco.

—¿Recuerdas que hoy trabajo? —No creía que tuviese que explicarle a cada persona con la que hablo que he de ir a currar, pero aquí estamos, segunda vez en lo que va de día.

—Oh, claro..., tiene todo el sentido. Entonces nos vemos allí directamente. ¿Te parece bien?

—Qué remedio..., pero no tardes, porque ya sabes que no tengo excusa para quedarme más tiempo.

—No te preocupes, seré puntual como un reloj. Te quiero. Chao.

Morgue

—Dependencia hospitalaria o lugar habilitado para depositar los cadáveres hasta su destino posterior.

—*Lugar donde esta noche vamos a colarnos para tener una última cita especial con nuestro querido Simon.*